

el patrimonio de los que lloran, de los hambrientos, de los perseguidos, de los atribulados, de los que no temen sacrificar en las aras del deber todos los bienes que están colocados bajo el cómputo mezquino del tiempo. “*Sóis mi venturosos, decia Jesucristo, cuando los hombres os maldicen, os vejan, os persiguen de muerte; porque vuestra recompensa es magnífica y eterna en el reino de los cielos.*”<sup>1</sup> He aquí lo que promete el Evangelio á los verdaderos creyentes, á los que oyen y guardan al mismo tiempo la palabra de Jesucristo. “*No temáis, decia este divino Maestro, á los que matan el cuerpo, sino á Dios, que puede precipitar el alma y el cuerpo eternamente en el abismo.*”<sup>2</sup> He aquí la pena con que amenaza el Evangelio á los que no tuvieran la noble resolución de negarse á sí mismos, de mortificar sus pasiones, de seguir á Jesucristo. He aquí el último carácter de esta doctrina y un sello indeleble de su divinidad. Bien sabemos que la idea de otra vida estaba indicada en los Eliseos y en el Tártaro de los gentiles, y que el paganismo no fué de todo punto extraño á la idea de una eternidad; porque ya se sabe que el naufragio de los buenos principios no fué tan absoluto y universal, que no escapasen algunos restos bastantes á ocupar con provecho las nobles tareas y los preciosos afanes del talento antiguo. Pero tambien debemos confesar que eran estas unas ideas vagas en la línea de lo abstracto; monstruosas, risibles y aun criminales en lo concreto; estériles en lo puramente especulativo; versátiles y desprestigiadas en lo práctico. En suma, no se tenía una idea exacta de la eternidad, no se conocía la bienaventuranza ni el verdadero infierno, ni ménos habia ocurrido á ningun legislador, á ningun sabio hacer las asignaciones que Jesucristo hizo para la distribucion de estos dos destinos tan opuestos. El orgullo habia despreciado los deleites, los tesoros, el poder, la gloria; pero nadie se habia santificado en las tribulaciones, ni conocido el precio de la miseria, del dolor, del abandono: nadie habia trahido la humildad, ni ménos colocado en la negacion de sí mismo el fundamento de una eternidad venturosa. La eternidad del Evangelio es una cosa inseparable de los objetos á que se aplica; y por tanto, ella basta por sí para convencernos evidentemente sobre la mision divina de un personaje que predica esta doctrina sublime. Queda pues demostrado que la doctrina del Evangelio prueba evidentemente la divinidad de Jesu-

<sup>1</sup> Id. cap. V, XV 11 y 12.

<sup>2</sup> Math. cap. X, V 28.

cristo; porque no puede ser solo hombre quien propone una doctrina sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas.

## CAPITULO XI.

### RESURRECCION DE JESUCRISTO.

La resurreccion de Jesucristo se ha visto, y con razon, en la Iglesia, como el argumento mas incontestable de su divinidad, y como la prueba por excelencia del celestial origen de la santa religion que profesamos. Este solo hecho reúne en el mas alto punto los caracteres divinos del Mesías, y explica maravillosamente el grande enigma que durante su vida habia presentado el pasmoso conjunto de sus humillaciones y de su poder. Desde que Jesucristo sale triunfante del sepulcro, arrastra necesariamente toda la conviccion del género humano hácia las verdades que propone; fija la creencia y establece incontrastablemente en el mundo el imperio que habia profetizado hablando de los tormentos y la muerte que iba á padecer. Antes de su resurreccion habia dicho Jesucristo: “*Cuando yo haya sido elevado de la tierra, he de atraer hácia mí todas las cosas;*”<sup>1</sup> y esta profecía, que pudo haber entónces producido en la razon humana los efectos de una paradoja, porque nada parecia mas extraño que fundar en la muerte de Jesucristo el principio de su reinado y todo el poder de su imperio, fué ya despues de su resurreccion un punto fácil de comprenderse; y nada pareció mas natural que la conquista del universo, verificada en consecuencia del suplicio de una persona que habia resuscitado al tercer dia de su muerte.

La resurreccion de Jesucristo, por otra parte, no es una verdad de raciocinio, una deducion metafísica, expuesta por esto solo al conflicto de las opiniones de los filósofos, sino una verdad que cuenta en su apoyo con la evidencia de hecho, y remueve con solo esto hasta los últimos embarazos que pudiera oponer á la creencia la incredulidad. Tampoco es un hecho insignificante por su naturaleza, sino de la primera importancia en el órden metafísico, en el órden físico y en el órden moral, ya se considere el fenómeno en sí mis-

<sup>1</sup> Joann. Cap. 12, V 32.



mo, ya en la persona que resucita, ya en el pueblo preocupado fuertemente contra el verificativo de este anuncio que se le había hecho con bastante anticipación, ya, por último, en la multitud y carácter de las consecuencias que naturalmente debían esperarse de la resurrección de la víctima. Méenos puede decirse que sea un hecho oscuro, sino de la mas notoria publicidad, como veremos adelante, y bajo estos respectos, la resurrección de Jesucristo es una prueba que reúne todos los títulos que pudieran desearse para someter á la religion cristiana la razon de los siglos y la voluntad de todas las generaciones.

Innumerables son los argumentos que pudiéramos desenvolver aquí, aprovechando los ilustres trabajos de todos los apologistas del cristianismo; pero cediendo á la brevedad, que nos es tan necesaria, seguiremos en nuestra prueba la rápida exposicion de dos clases de testimonios, que concurren á demostrar la existencia incontestable del hecho milagroso que nos ocupa. Estos testimonios son, en primer lugar, el de los enemigos de Jesucristo; en segundo, el de sus apóstoles y discípulos.

#### §. I.

##### *Primer testimonio.*

Miéntas los discípulos de Jesucristo ungián el cuerpo de su divino Maestro con cien libras de perfumes, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, trayendo á la memoria el anuncio de la resurrección, se alarmaron sobremanera, é inspirados por su odio y por el vivo interés que habían mostrado siempre contra la misión de Jesucristo, hablaron á Pilatos en los términos siguientes: “Señor: nos acordamos que ese seductor dijo cuando vivía: “Yo resucitaré al tercer día despues de mi muerte:” tememos, por lo mismo, que sus discípulos exhumen su cadáver en la noche, para venir despues divulgando la especie de su resurrección. Dad pues vuestras órdenes para que su sepulcro sea rigurosamente guardado durante esos tres dias, con todo género de precauciones.—Id pues, les respondió Pilatos, ahí tenéis soldados: disponed libremente de todo, como mejor os parezca.”<sup>1</sup> Cuando ya lo tuvieron todo de su parte estos hombres encarnizados contra su víctima, la persiguen hasta su tumba. Contaban ellos con el poder, con los recursos, con

<sup>1</sup> Math. Cap. XXVII, vv 62, 63, 64 y 65.

el prestigio y con todo género de influencias; y aunque no se necesitaba de tanto en un órden puramente humano, para eludir cualquiera medida de los discípulos de Jesucristo, que en este mismo órden solo contaban con su pobreza, su debilidad y su aflixion, tomaron, sin embargo, las precauciones mas exquisitas, las medidas mas diestras y mejor combinadas, como si hubiesen tenido que luchar contra todos los esfuerzos del talento, de la opulencia y del poder. Sellaron el sepulcro, le rodearon de centinelas vigilantes con las mas estrechas prevenciones. ¿Y qué sucedió? Lo mismo que estaba profetizado. El Hombre Dios sale glorioso de su sepulcro, sin hallar obstáculo de ningun género.

“¿Extraño embarazo! exclama un autor de nuestros dias; ¿dificultad extrema para los enemigos de Jesucristo! ¿Qué recurso les queda? Si los centinelas hubiesen faltado á la vigilancia, habrían merecido ser castigados con la mayor severidad; y en lugar de esto, se elige un partido, el mas á propósito para confirmar y robustecer el grande hecho que tanto empeño habían tomado en desvirtuar; cohechan á los soldados con el fin de hacerles declarar que durante la noche fueron los discípulos de Jesucristo y extrajeron de allí el cuerpo de su Maestro.”<sup>1</sup>

¿Puede imaginarse una salida mas ridícula! ¿Puede aventurarse una suposición mas improbable? Los apóstoles se hallaban en la impotencia mas absoluta, no ya de formar el proyecto, sino aun de concebir siquiera la idea de sorprender la vigilancia y extraer del sepulcro el cuerpo de Jesucristo. O creían ellos su divinidad, ó no la creían: si lo primero, ¿qué necesidad tenían de concebir un designio de todo punto superfluo, cuando Dios no necesitaba de sus débiles brazos, y cuando ya se les había dicho que Jesucristo había de resucitar! Si lo segundo, ¿qué interés podía inspirarles la exhumación de un cadáver, mudo pero elocuente testigo de la vanidad de sus esperanzas? Por lo demas, es ridículo y contradictorio el suponer que unos hombres tan cobardes y débiles, que se dispersaron en la pasión, y que llevaron la pusilanimidad hasta el extremo de que el mas animoso de entre ellos quedó profundamente desconcertado á la simple voz de una criada, hubiesen adquirido despues de la muerte de Jesucristo el heroísmo indispensable para desafiar la vigilancia armada de sus enemigos. Pero oigamos todavía al citado apologista.

“Se dice que estos soldados dormían. Pero qué, ¿todos!

<sup>1</sup> Merault. Preuves abrégées de la religion. §. IV.  
Tom. I.—53.



“¿Y ninguno estaba despierto!—Ninguno. ¿Y no pusieron siquiera un centinela!—Se descuidaron de esta precaucion. Pero qué, ¿no pudieron despertar ni con el ruido que necesariamente debian haber hecho muchos hombres que marchaban en multitud en el silencio de la noche!—No: estaban durmiendo. ¡Oh extraño letargo! ¡Mas era fácil por ventura despedazar sin ruido los sellos públicos, y entrar en el sepulcro, despues de haber removido la enorme piedra que cerraba su entrada!—Los soldados dormian. ¡Oh sueño que nada ha podido perturbar!”

“Vuestra razon es la que duerme, dice San Agustin, ju-  
“díos obstinados en vuestra ceguedad, vuestra razon es la  
“que duerme, y no vuestros centinelas. No hacéis con es-  
“to mas que llevar á su consumacion el mas penoso é in-  
“sensato delirio. Nos proponéis testigos de un carácter bien  
“extraño, testigos dormidos. Pero si ellos dormian, ¿qué  
“vieron entónces! ¿Y si no vieron nada, ¿de qué son tes-  
“tigos!”

Así pues, la iniquidad se ha engañado á sí misma, y caido en defecto la prudencia humana: estos ciegos enemigos de Jesucristo han caido en sus propias redes, suministrándonos, con las mismas precauciones que toman, nuevas armas para confundirles con la mayor seguridad. El hecho de la resurreccion de Jesucristo ha tocado en un punto de evidencia que ningun hecho histórico alcanzará jamas. En efecto, debe tenerse como demostrado un hecho, cuando el odio mas envenenado y la mas extremada malevolencia no pueden hallar otra autoridad para negarle, que la de testigos dormidos. Pasemos ahora á examinar la fuerza del segundo testimonio.

## §. II.

### *Segundo Testimonio.*

Al hablar de los testigos que presenciaron el hecho que nos ocupa, debemos comenzar advirtiendo, que desde luego llaman la atencion por su número. Así en el evangelio de San Lucas, como en el libro de los Hechos Apostólicos, y en algunas epístolas de San Pablo, encontramos, que ademas de los apóstoles, á quienes competia por la naturaleza de su mision dar un testimonio solemne, público y universal de la resurreccion gloriosa del Mesías, innumerables personas aseguraban el mismo hecho, en términos de que San Pablo en su epístola primera á los corintios, asegura que existia entónces la mayor parte de quinientos hermanos que vieron jun-

tos un día á Jesucristo despues de su resurreccion. Veamos ahora los datos con que procedieron al testimonio del hecho, los términos en que le dan y las circunstancias en que se hallaban; y estas reflexiones naturalmente convencerán á nuestros lectores de que no pueden imaginarse testigos mas bien caracterizados, y mas dignos por tanto de arrastrar el asenso universal en favor de los hechos que declaran.

*Datos con que proceden.* En primer lugar son testigos de vista; <sup>1</sup> en segundo lugar son testigos que le vieron con frecuencia y le trataron con familiaridad largo tiempo despues de resuscitado; <sup>2</sup> pues permanecieron con él por el espacio de cuarenta dias, <sup>3</sup> comieron y bebieron con él, <sup>4</sup> le vieron obrar muchas maravillas, recibieron sus órdenes para el gobierno y establecimiento de la Iglesia: <sup>5</sup> en tercer lugar, son testigos que no creyeron á la primera vista, obtuvieron testimonios mui inmediatos, pruebas mui sensibles de la existencia real de la resurreccion de Jesucristo: <sup>6</sup> por último, le vieron subir al cielo, <sup>7</sup> y quedaron revestidos del poder que el mismo Jesucristo les habia prometido, al anunciarles que despues de su resurreccion les habia de mandar al Espíritu Santo. <sup>8</sup> Tales son los datos con que procedieron los apóstoles para certificarse del hecho que atestiguaron. ¿Pueden apeteerse mejores! ¿Puede imaginarse la mas mínima coyuntura de ilusion y fascinamiento! “No era posible, ob-  
“serva un escritor, que durante muchas semanas continua-  
“das se hubiera estado reproduciendo la presencia del mis-  
“mo objeto; que los testigos hubiesen creído verle, comer  
“y beber en su compañía, y oírle explicar las Santas Escri-  
“turas; censurarles y hacerles promesas, darles sus órdenes,  
“y para colmo de todo, verle subir á los cielos: no era posi-  
“ble, digo, que todo esto fuese un simple juego de imagina-  
“cion, ó una ilusion de los sentidos cuando estaban despiertos,  
“ó un delirio del sueño mientras dormian.” <sup>9</sup> Una supo-

1 I Cor. cap. XV. vv 5 y 6.

2 Act. cap. I, vv 21, 22, &c. I Joann. cap. I v 1.

3 Aci cap. I, v 3.

4 Luc. cap. XXIV, vv 30, 41 y 42. Joann. cap. XXI, v 5.

5 Act. cap. I, vv 3, 4, 5, et seq.

6 Marc. cap. XVI. v 14. Joann. cap. XX, vv 24 y 29. Luc. cap. XXIV. v 50.

7 Act. cap. II, vv 9, 10 y 11.

8 Act. cap. II, vv 1.º et seq.

9 DITTON. La verité de la religion chretienne, démontrée par la résurrection de Jésus-christ. Part. III. cap. IV. sect. III.



sición de esta naturaleza es inadmisibles en todo buen criterio, y por tanto debemos concluir, á vista de los datos con que procedieron los testigos, que estos no pudieron en manera alguna ser engañados. ¿Querrian engañar! La solución de esta pregunta resulta naturalmente de las reflexiones que vamos á hacer.

*Términos en que dan su testimonio.* Hablan estos testigos á impulsos de un sentimiento extraño á todas las aspiraciones mundanas, á todos los desigmos de la comodidad y del placer, á todas las miras del interés y de la ambición. Hablan, mas no como quien se abandona al inocente placer de comunicar sus noticias, sino como quien obedece al precepto de una autoridad irresistible y venerable; hablan para cumplir lo que se les tiene mandado: hablan exclusivamente para gloria de Dios, y á su presencia, y en su nombre.<sup>1</sup> Aquí los vemos invocar este nombre augusto en apoyo de su sinceridad, esperar como esperanza firme su socorro y sus bendiciones; allí les vemos proponer la religion cristiana como la palabra y la voluntad del Altísimo, y decir, con aquel tono de seguridad que solo puede ser dictado por la creencia y la inspiración, que fuera de este culto no queda otro sendero para llegar á la posesion de la felicidad.<sup>2</sup> Allá por último, anunciarse con un aire grave y augusto, como los depositarios de un poder celestial, que hacian muy sensible con los milagros estupendos que practicaban. En estos términos dan su testimonio los apóstoles y discípulos de Jesucristo. Pasad vuestra vista por la historia profana, subid al origen de esa certidumbre que ha logrado fijar la convicción de todos los pueblos acerca de los acontecimientos mas notables del globo; y citadnos un solo testimonio revestido con este doble carácter de simplicidad y elevación, de razon y de fe, de crítica y de religion, que distingue y eleva tanto sobre las otras cosas de su género á la narración de los testigos evangélicos.

Pero ellos, no satisfechos con asociar á la Divinidad é invocarla por un juramento continuo y el mas solemne que se conoce, extienden la autoridad de su testimonio hasta la razon del incrédulo, forzándola, digámoslo así, á ceder á un discurso concluyente, ántes de humillarse ante las sombras augustas de los misterios y los dogmas. Tres circunstancias concurren aquí que, con exclusion de la fe, forzan á la razon á sujetarse á la decision de una buena crítica. Tales son desde luego el lugar en que dan su testimonio y la pron-

<sup>1</sup> Act. cap. IV, vv 19, 20 24 y 36.

<sup>2</sup> Ib. v 12.

titud con que le rinden, el modo público y solemne con que informan al mundo de lo acontecido, y el carácter de virtud immaculada que aleja de su conducta hasta la mas mínima sospecha.

“Cuando se trata de prodigios que se refieren á muy remotas naciones, ó á tiempo inmemorial, no faltan argumentos de duda; porque tampoco se facilitan las averiguaciones indispensables que deben fijar la certidumbre sobre la existencia de los hechos; pero aquí sucede otra cosa muy distinta. Dan su testimonio los apóstoles en el mismo lugar que ha sido teatro del acontecimiento; y en vez de remitir á los judíos á otro lugar distante, les citan á las puertas de esta misma ciudad en que viven, presentándoles á la misma Jerusalem, donde Jesús fué crucificado, como el mismo sitio en que hizo su resurrección gloriosa. No es ménos de notarse la circunstancia del tiempo; porque lejos de reservarse la publicación de este grande suceso para cuando se hubiese debilitado y borrado casi la memoria de Jesucristo y la historia de su muerte, hablan cuando todo estaba reciente, cuando esto era, digámoslo así, el objeto exclusivo de las conversaciones diarias, y cuando todo el mundo tenia de su parte y á la mano cuantos medios pudieran apetreerse para descubrir la impostura y confundir á los apóstoles en el evento de que ellos se hubiesen producido con falsedad.”

¿Y cuánto no aumenta el valor de este testimonio con las solemnidades que le acompañan! “No es el secreto de una cábala, ni el murmurio sordo y misterioso de un partido, sino la manifestación ilustre, pública y universal de un grande y notorio acontecimiento. Los apóstoles levantan muy alto su voz para anunciar á Jesucristo resuscitado; andan por las calles y por las plazas públicas, y eligen de propósito, para predicar esta verdad desde las mayores alturas, aquel tiempo en que Jerusalem se halla tan concurrida, que parece rebosar del inmenso gentío de todas las naciones que llenan su vasto recinto. La misma multitud contribuía no poco á mantener despierta la atención pública. Los apóstoles obran sin artificio, sin reserva; corren á las sinagogas, se presentan en el templo, y por todas partes anuncian la resurrección de Jesucristo.” Con la misma seguridad hablan á las masas que á los individuos, á los pueblos que á los reyes. ¿Con qué noble atrevimiento se explicaba San Pedro en presencia de los gefes del pueblo, de los senadores de Israel! Vanos eran los esfuerzos y el poder de los magnates para condenar

<sup>1</sup> Act. cap. IV, vv 8 et 12.



al silencio la voz de los apóstoles. *Debemos obedecer, les decía Pedro, á Dios antes que á los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesus, á quien vosotros hicisteis morir clavándole en un madero. Nosotros somos testigos de esto, y el Espíritu Santo que Dios ha comunicado á cuantos le obedecen, lo es tambien con nosotros.*<sup>1</sup> ¿Qué sintió, qué resolvió, en vista de esto, la gran junta de los judíos? *Bramaron de rabia, dice San Lucas, y pusieron á discusion la muerte de los apóstoles.*<sup>2</sup> “Sin duda, observa el autor citado, que no habia medio mas á propósito para impedirles hablar; ¡pero el suplicio no es una bella refutación! Sin embargo, el consejo no llevó las cosas tan al extremo: se contentó con mandar azotar á los testigos de una verdad tan odiosa; al paso que ellos, encantados con haber llenado de su doctrina á toda la ciudad de Jerusalén,<sup>3</sup> no lo estuvieron ménos por habérseles hallado dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesus.”<sup>4</sup>\*

¿Qué recurso podrá quedar al incrédulo para librarse del poder de este testimonio? ¿Acaso la conducta de los testigos? Esta es puntualmente la que añade á su grande valor hasta los últimos quilates. El mas indiferente crítico no puede rehusar sin duda su admiración á la probidad personal de unos hombres cuya virtud jamas fué puesta en problema ni por sus mas odiosos enemigos, y cuya vida, para valernos de las expresiones de Eusebio de Cesarea, era sobremañera pura, y cuya alma estaba adornada de todas las virtudes. Grandes, encarnizados eran, á la verdad, y por otra parte mui sagaces y fecundos, los enemigos de los apóstoles: este es un hecho que, así la historia sagrada como la profana tienen puesto en el mas alto punto de claridad. ¿Qué medios no pondrían en práctica para desacreditar una doctrina que, por su misma naturaleza y sus consecuencias infalibles, debia desbaratar todos sus proyectos y arruinar absolutamente todas sus esperanzas? Sin embargo, en esta historia sangrienta de las persecuciones contra el cristianismo, lo primero que se nos anuncia es el pasmoso contraste de la inmensa vocería que se levanta para llenar de injurias y cubrir de ignominia á los apóstoles, con el profundo silencio que guarda todo el mundo cuando se trata del carácter

1 Ib. cap. V, vv 29 et 32.

2 Ib. cap. V, v 33.

3 Act. cap. V, v 28.

4 Ib. cap. V, v 41.

\* Obra citada. (Extracto.)

de ellos y de la conducta irreprochable de los que dan testimonio á la Divinidad del Mesías.

“Pero una prueba mui sorprendente del candor é integridad de los discípulos de Jesucristo, se descubre con admiración, dice el autor citado, en el modo con que hablan de sí mismos, de sus colegas y de sus adversarios. Apenas se dan el menor elogio. El mas justo resentimiento no arranca de sus labios, sino en los últimos extremos, expresiones un poco fuertes, y vosotros les véis referir libremente sin disfraz sus propias debilidades y las de sus compañeros. . . . Ya se habrían guardado mui bien unos impostores de hacer esta clase de confesiones, tan indelicadas con relacion á sí mismos, como inútiles para la causa que defendían. Esta franqueza, esta imparcialidad, esta fidelidad histórica, dan á conocer una dulzura, una modestia, un amor de la verdad que les hace personalmente estimables y que les merece una plena confianza en todo lo que dicen.”<sup>1</sup>

Suprimid estas prendas del corazón, suprimid el poder que en sí tiene la verdad; ¡qué otra cosa quedaba para prevenir la opinión en favor de los apóstoles, y facilitarles, como sucedió, el buen éxito de sus trabajos en el establecimiento de la Iglesia? Ninguna ciertamente; porque su condición, á la verdad, no podia ser ni mas baja, ni ménos preventiva. Destituidos de esas maneras cultas, de esas luces sábias y filosóficas, de todos los socorros que presta el arte de bien decir, los cuales realzan la importancia de los hombres y añaden estimación á sus discursos, eran incapaces sin duda de imponer á nadie por estos medios. Todo en ellos era de lo mas comun: nacimiento, condición, lenguaje.”<sup>2</sup>

Por lo demas, es mui digno de notarse, que nadie ha podido hasta ahora, ni podrá tampoco jamas, descubrir el menor interés temporal en el testimonio de los apóstoles; porque, ¿qué podían esperar por parte del mundo? ¿qué podían prometerse, sino mil consecuencias horribles, capaces de traer el desconcierto y el terror á los corazones mas firmes? “Imagináos, dice el repetido autor, una banda de gentes, pequeñas en todo lo que se refiere al talento, á la fortuna, al saber, á la elocuencia. Figuráos que vienen estos hombres clamando repentinamente que Jesus, á quien se habia crucificado en Jerusalén, acababa de resucitar y de subir al cielo, donde Dios le habia coronado de gloria, someténdolo

1 Ditton. Obra citada.

2 El mismo, ib.



todo bajo sus pies; que sobre el fundamento de esta noticia exigen de todos los hombres, bajo la pena de una eterna condenación, la mas profunda sumisión á su Maestro; que dicen á los judíos, con todo el tono de la creencia, que el objeto de su desprecio y de su odio debe ser el de su respeto y el de su amor; que se hallan en el caso de renunciar á la religion de sus mayores, en el caso de despojarse de todos sus privilegios distintivos, para formar un cuerpo con los gentiles, que predicán al mismo tiempo á estos, que toda la sabiduría de sus filósofos es una locura, que la simplicidad del Evangelio es preferible á tantas bellezas celebradas; que la antigua religion debía estimarse como una superstición ridícula, y sustituir á ella un Dios crucificado, como el objeto exclusivo de su culto: representáos, digo, este sistema de religion, anunciado la primera vez en el mundo, y descubriéris fácilmente los efectos que debía producir.”<sup>1</sup>

Pero no nos detengamos aquí: cuando se trata de cambiar las opiniones en favor de un sistema cualquiera, ya religioso, ya político, es de todo punto indispensable llamar el corazón de las masas en pos de las ventajas que fecundan las esperanzas de mejorar la condicion presente y futura de los pueblos. ¿Y cuál era en este punto la doctrina de los apóstoles? Lo mas extravagante y ridículo en la teoría, lo mas incómodo y repugnante en la práctica, si nos hemos de contener dentro de la esfera en que se hallan las luces de la razón y los intereses del tiempo: no prometen mas que aficciones en la vida, y su máxima primera es, que no hai recompensa segura sino en la eternidad. No hai mas bienes que los del cielo: es preciso sacrificarlo todo á ellos; conexiones, sentimientos, placeres, comodidad, honores, riquezas, &c. &c.: he aquí lo que prometen, he aquí lo que declaran, sin paliativo ni disfraz, á toda la especie humana. “Es pues evidente, y de una evidencia demostrativa, que los testigos de la resurrección no pudieron proponerse como fin de su ministerio ninguno de los motivos temporales.”

A la vista de esta conducta, nos vemos en el caso de establecer, como una consecuencia infalible y evidente, que obraban por motivos espirituales y eternos, ó que obraban al capricho y sin designio. ¿A cuál de estos dos extremos hemos de sujetarnos? ¿Al segundo acaso! Seria esto incurrir en el mayor absurdo; porque se sabe en buena metafísica, como un axioma, que nadie obra sin designio; y bajo este respecto, estamos en el caso de suponer alguno en los

<sup>1</sup> Obra citada.

apóstoles, viéndoles empeñados á todos en una obra estu-  
penda por su magnitud, ardua por sus dificultades, expuesta  
por sus peligros; viéndoles trabajar infatigablemente, hasta  
el extremo de sellar con su sangre su testimonio: Ahora  
bien: supuesto que no podían tener ningun designio tempo-  
ral, tenían sin duda un designio eterno. Si tenían un desig-  
nio eterno, no podían obrar contra la lei y contra la concien-  
cia. La lei que ellos profesaban truená por donde quiera  
con amenazas eternas contra los impostores. *El falso tes-  
tigo no quedará impune; el que profiere la mentira no esca-  
pará, sino que ha de perecer. Los falsos labios son objeto de  
abominación para el Eterno.*<sup>1</sup> He aquí las sentencias que  
encuentran en los libros que veneran. El Decálogo consigna  
uno de sus artículos á proscribir de la tierra el falso testi-  
monio. *Jesucristo no vino sino á dar testimonio á la ver-  
dad, y el Evangelio todo es una lei de espíritu y de verdad.*

Siendo pues incompatible la impostura con la lei, la in-  
fracción de esta con las miras de los apóstoles, y la inexis-  
tencia de estas miras con el carácter de sus trabajos, de su  
vida y de su muerte, nos vemos en el caso de concluir, que  
el testimonio de los apóstoles es de todo punto verdadero,  
puesto que ni pudieron engañarse ni quisieron engañar. ¿Y  
habrían podido conseguir esto, aun en caso de pretenderlo!  
Para convencerse de este nuevo imposible, basta examinar  
ligeramente las circunstancias de los apóstoles; tercer punto  
de vista bajo que nos hemos propuesto considerar su testi-  
monio.

Las circunstancias que rodean el testimonio de los apóstoles  
son de tal naturaleza, que sin el apoyo de la verdad, les  
hubiera sido imposible adelantar un paso, ni ganar un solo  
proselito. He aquí las razones en que nos fundamos. No  
harémos mas que apuntarlas, así por estar ya prevenidas al-  
gunas en lo que precede, como por haber anticipado los datos  
que facilitan su inteligencia, desenvolvimiento y aplicación.  
En primer lugar, los apóstoles publicaron el acontecimiento  
tan luego como sucedió, y en el lugar donde sucedió: segun-  
do, esparcieron las primeras nuevas, no en un rincón oscuro,  
sino en una de las ciudades mas grandes y populosas que ha-  
bia entonces en el mundo, escogiendo, como se ha dicho, aquel  
tiempo del año en que rebosaba Jerusalem de gente, por los  
muchos extranjeros que allí concurrían de todas partes: ter-  
cero, esparcieron esta noticia, no clandestina y misteriosa-  
mente, sino de la manera mas pública y entre los mas nu-

<sup>1</sup> Prov. cap. XIX, v. 6, 9, 22.



merosos auditores: cuarto, sus enemigos estaban comprometidos por mil razones á poner en práctica todos los medios imaginables para convencerles de falsedad; y tuvieron, como desde luego se nota, el tiempo y el desahogo que pudieran apetecer para conseguirlo en el caso de que no fuese evidente é incontrastable la verdad de aquel testimonio: quinto, hai caracteres seguros para descubrir la impostura, y ninguno de estos caracteres faltaba, por su extrema notoriedad, en la crítica, cuando los apóstoles daban su testimonio; y por consiguiente, hallándose tan circunstanciado como ninguno el de la resurrección de Jesucristo, era, no solo fácil, posible y necesario, sino de todo punto inevitable, que el fraude se descubriese en caso de haberle. "Para hablar con esta confianza, dice el autor citado, nos basta reflexionar sobre dos cosas: y es la primera, el testimonio de la historia, pues tarde ó temprano ha venido á revelar el tiempo el misterio de una infinidad de manejos ocultos, ménos interesantes que la resurrección de Jesucristo; y en segundo lugar, que no podrían los deístas presentar una impostura en todos los siglos, circunstanciada como la resurrección de Jesucristo, cuyo conocimiento no haya llegado por fin á la mas grande publicidad.

Resulta de lo expuesto, que, aun cuando los apóstoles hubiesen querido esparcir una ilusion entre la multitud de sus contemporáneos, no habrian podido conseguirlo; porque nada era tan fácil como sacar á la vergüenza pública sus miras secretas, sus tramas indignas, su escandalosa impostura, si no hubiesen contado desde luego con el apoyo robusto de la verdad.

Concluamos: los apóstoles no pudieron engañarse; no quisieron engañar; nada hubieran conseguido aun en caso de pretenderlo. Luego Jesucristo resucitó: luego era Dios y Hombre; luego vino á la tierra con una mision divina.

## CAPITULO XII.

### MISION DE LOS APÓSTOLES.

La mision de los apóstoles fué dar testimonio á Jesucristo, predicar su Evangelio y fundar la Iglesia. Que cumplieron con esta mision, es un hecho histórico de la mas alta notoriedad; que esta mision fué divina, es una consecuencia precisa de la Divinidad de Jesucristo que acabamos de de-

mostrar, pues probado que Jesucristo es Dios, nos basta escuchar sus palabras, para convencernos de que Dios habla. Ahora bien, Jesucristo elige en persona á sus doce apóstoles; les manda que den testimonio de su mision, que prediquen su Evangelio á toda criatura; les da las llaves del reino del cielo, para que le abran ó cierren á los hombres; les declara á todos en la persona de Pedro fundadores de su Iglesia, les asegura que permanecerá con ellos hasta la consumacion de los siglos, y que las puertas del infierno no han de prevalecer contra el reino que acaba de fundar, y en el cual les constituia como los depositarios de su doctrina, los órganos de su voluntad y los ministros de su poder. *El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia á vosotros, me desprecia á mí: <sup>1</sup> yo os doí á vosotros la misma mision que mi Padre celestial me ha dado á mí; pues así como él me ha enviado á mí, así tambien yo os envío á vosotros. <sup>2</sup>*

He aquí la mision divina de los apóstoles, y sus pruebas. La autenticidad, verdad é integridad del Nuevo Testamento garantizan cualquiera cita que se haga del Evangelio; las páginas de este libro presentan textualmente los conceptos que se han citado, como las credenciales que dió de viva voz Jesucristo á sus apóstoles: la Divinidad de Jesucristo comprueba la de la mision de estos enviados, la cual, por tanto, queda perfectamente demostrada con solo la autenticidad, verdad é integridad del Nuevo Testamento, y la Divinidad de Jesucristo.

Sin embargo, debe notarse, que aun tenemos adelantadas otras pruebas, como son el carácter mismo de los apóstoles, la evidencia de su testimonio, que no estando reducido al punto de la resurrección, abraza todos los hechos y se extiende por tanto á la mision particular de que aquí tratamos. La fuerza de la doctrina evangélica, constantemente sostenida en la predicacion de los apóstoles, es tambien una prueba concluyente de la divinidad de su mision: prueba que recibe un aumento de luz y de fuerza con aquella constancia sublime que manifestaron los apóstoles desde la venida del Espíritu Santo: constancia que formaba el mas cabal y perfecto contraste con su debilidad y cobardía en los tiempos de la Pasión. Mas al tocar este punto, nos introducimos ya en las primeras páginas de la historia de la Iglesia, que es la tercera fuente en donde nos propusimos tomar los argumentos de la Divinidad de Jesucristo. Sin embargo, no con-

<sup>1</sup> S. Mat. cap. 18 V 17.

<sup>2</sup> S. Juan cap. 20 V 21.



chirémos este punto sin aprovechar un pasaje del filósofo de Ginebra, que puede suministrarnos á propósito la mas bella transicion.

“En el establecimiento de la nueva lei, dice este célebre deista, léjos de haberse propuesto Jesucristo confiar á los sabios su doctrina y su ministerio, siguió en esta eleccion aquel singular afecto que habia mostrado constantemente en favor de los sencillos y pequeños; y en las instrucciones que acostumbraba dar á sus discípulos, no se ve una palabra de estudio y de ciencia, sino para señalar el desprecio con que se miraba todas estas cosas.”

“Despues de la muerte de Jesucristo, doce pobres pescadores y artesanos, acometieron la empresa de enseñar y convertir al mundo. Servíanse de un método mui simple: predicaban sin arte, pero con un corazon conmovido; y entre todos los milagros con que Dios honraba su fe, ninguno sorprendia tanto como la santidad de su vida. Sus discípulos siguieron este ejemplo, y el buen éxito fué prodigioso. Los sacerdotes paganos alarmados claman á los príncipes, que el Estado está perdido, porque las ofensas se disminuian. Levántanse las persecuciones, pero inútilmente; porque no produjeron otro resultado que el de acelerar los progresos de esta religion inmortal que ellos anhelaban extinguir. Todos los cristianos corrian al martirio; todos los pueblos corrian al bautismo: la historia de estos primeros tiempos era un prodigio continuado.”<sup>1</sup>

### CAPITULO XIII.

#### PRUEBAS TOMADAS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA.

Entre las muchas pruebas que pudiéramos recoger en la historia de la Iglesia, nos limitaremos á una, que resulta del establecimiento del cristianismo, su rápida propagacion y su maravillosa perpetuidad. Esta triple consideracion hace progresar el raciocinio de un modo mui urgente: porque todo esto sucedió, no solo contra todo el orden de la prudencia humana, sino á pesar de los esfuerzos poderosos que el mundo judío y el mundo gentil hacian á su turno, para detener el curso y frustrar los efectos de los trabajos apostólicos. No hablaremos aquí de aquella serie de profecías que habian prevenido en cierto modo á la historia de la Iglesia: no pintaré-

<sup>1</sup> Response philos. au Roi de Pologne. Discours. t. I, p. 163.

mos aquellos éxtasis del Profeta-Rei, considerando al Hijo á la diestra del Padre, y teniendo por escabel de sus piés á todos sus enemigos, ni aquel entusiasmo sublime con que al través de los entónces futuros siglos, veía desplegado en Sion, y cruzar desde allí por todas las naciones del universo, el estandarte del Mesías; ni aquel estro maravilloso con que cantaba al Ungido del Señor, vencedor de la muerte y del pecado; ni aquella elevacion profética con que se dirigia, figurando á los apóstoles, á todas partes, para llevar los triunfos de la cruz á todos los paises, é inclinar bajo la palabra Evangelica á todos los pueblos y á todos los reyes. Dejaremos intacta la profecía de Isaías, y todas las otras que le son concordantes, para no ver en ellas, sino en la historia de la Iglesia, cuanto estaba representado y predicho: porque en esta materia los hechos hablan por sí solos, y por su propia naturaleza y sin relacion á lo profetizado, bastan para convencer á todo el mundo de que traspasan esencialmente los términos del humano poder y muestran por sí la presencia, el decreto y la accion inmediata y directa del Ser Supremo. En este punto la obligacion del apologista está desempeñada plenamente con referir lo acontecido y establecer sus inmediatas consecuencias.

“Despues de la venida del Espíritu Santo, los apóstoles empiezan á hablar diversas lenguas, efecto maravilloso de la uncion divina que acaban de recibir. Hallábanse entónces en Jerusalem hombres de diferentes naciones, y cada uno de ellos quedó maravillado de oír hablar su propio idioma á un mismo tiempo y de una propia boca. Pedro, cabeza del colegio apostólico, se presenta, toma la palabra, recorre los milagros que Jesucristo habia obrado públicamente á la faz de Jerusalem, insistiendo con particularidad en el mui grande y sorprendente de su resurreccion gloriosa; y declara que Jesucristo es el Señor á quien todo está sometido, el Mesías de quien exclusivamente debia esperarse la salud: les exhorta á que hagan penitencia, se sometan á la lei y reciban el bautismo, prometiéndoles con esto la remision de sus pecados y los dones del Espíritu Santo. A una invitacion de esta naturaleza, acude una multitud humilde y ya sometida á ofrecer á los apóstoles las bellas primicias de su predicacion, *perseverando todos en la fe y en la doctrina de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan, y en la oracion comun; y el Señor aumentaba todos los dias el número de los que debian ser salvos.*”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Act. cap. II, XX 41, 42 et 47.



“El milagro que atrajo la atención de la multitud era un hecho público; los prodigios de Jesucristo, que citaba Pedro apelando al conocimiento de los que le escuchaban, eran otros tantos hechos públicos; y del mismo carácter fué el acto en que numerosos oyentes reconocían la autoridad de los apóstoles: hecho notorio también, que atestiguaba la pública sumisión de tres mil personas, poco más ó menos, que recibían la palabra de Pedro y que eran bautizados.”

“Otro milagro público vino á imprimir sobre la autoridad de Pedro el sello de la sanción divina: porque haciendo andar en nombre de Jesucristo á un cojo de nacimiento con solo su palabra, el pueblo todo, que vió á este mendigo levantarse, andar y dar gracias á Dios por su sanidad, quedó lleno de admiración, y todos corrían y se agolpaban al rededor de Pedro y de Juan. Este testimonio que dió el Altísimo á la autoridad de Pedro y de Juan por la curación del hombre cojo, era también un hecho milagroso y público, que sus mismos enemigos se vieron forzados á reconocer como tal. Entónces Pedro publicó la ley de Jesucristo por segunda vez, y por segunda vez definió la multitud á su autoridad, admitiendo la ley y creyendo los dogmas que aquel predicaba. Cinco mil hombres se colocaron bajo las banderas de Jesucristo; y hechos súbditos fieles del reino espiritual, se unieron entre sí, como los miembros de un mismo cuerpo, y toda la multitud de los creyentes no era, dice el historiador sagrado, sino un solo corazón y una misma alma.”<sup>1</sup>

Así fué como se colocaron en Sion los cimientos indestructibles de la Iglesia de Jesucristo; así fué publicada la constitución de su reino; así fué promulgada su ley; así quedó establecido su imperio celestial.

Mas los apóstoles no permanecieron mucho tiempo en la Judea y sus inmediaciones, sino que atentos á llenar perfectamente su destino, partieron de aquí muy pronto á llevar á los otros pueblos, con la nueva feliz, la gracia y la luz. Por su predicación, acompañada siempre y sostenida de los más solemnes milagros, la Iglesia de Jesucristo se extendía por todas partes con una rapidez extrema y portentosa. Mientras que ellos trabajaban infatigables en las conquistas de la cruz, les preparaba Dios en sus designios un digno socio que había de partir con ellos las fatigas y la gloria del apostolado: Pablo se convierte, y este hombre á quien había mostrado el Señor en una visión que tuvo Ananías, como un

<sup>1</sup> Pointer, Le christianisme, preuves et caracteres de la religion chrétienne. Part. III, chap. 1.

*instrumento escogido para llevar su nombre á los gentiles, á los reyes y á los hijos de Israel*, no tardó en presentarse en el teatro evangélico, y dar pruebas sencillas de su misión con las brillantes conquistas que sin cesar multiplicaba.

Entre tanto, los apóstoles, extendiéndose por todas partes y recorriendo las diferentes comarcas de la tierra, propagan el conocimiento del reino de Jesucristo: á su voz todas las naciones abrazan la fe con apresuramiento, y se inclinan con docilidad bajo el yugo de su ley. Mientras que Pedro, ocupado desde luego de la salud de los judíos, consagra sus primeros cuidados á este pueblo infiel, Pablo hace resaltar el ardor de su zelo en la conversión de los gentiles. Bien pronto Roma fija las miradas de Pedro; y esta ciudad, que había sido la capital del imperio más extenso que se conocía hasta entónces sobre la tierra, pasó á ser el principal asiento del príncipe de los apóstoles; y al cabo de algunos triunfos, empezó á reputarse como la capital del reino espiritual de Jesucristo y el centro común de la unidad de la fe y del gobierno de la Iglesia. De este modo, la predicación de los apóstoles y de los otros hombres apostólicos, á quienes ellos confrieron la imposición de las manos, asociándose los como cooperadores en la grande obra de su ministerio, se señala donde quiera por los rápidos progresos que hace la Iglesia entre un gran número de naciones; y aun en los remotos climas, donde no habían penetrado hasta entónces las águilas romanas, apareció la cruz de Jesucristo, llamando á los pueblos al conocimiento del verdadero Dios.

Nada más sorprendente que este cuadro: doce hombres se multiplican maravillosamente con la comunicación íntima de su misión y de su espíritu; se enseñorean del mundo por la predicación del Evangelio, la fuerza del ejemplo y el espectáculo de sus milagros; ganan las convicciones, para establecer la creencia, é inclinan delante de un madero, que sirvió de patíbulo, la frente sumisa de todas las naciones. ¿Cuál era su enseña! Una Cruz. ¿Cuáles fueron sus armas! La palabra y el ejemplo. ¿Cuáles eran sus recursos! La pobreza, la desnudez, el hambre. ¿Cuáles eran sus máximas! La vanidad de las cosas humanas, el aniquilamiento del amor propio; guerra abierta á todas las pasiones, humildad profunda, negación de sí mismo. Sin embargo, ellos conquistaron al mundo, le conquistaron en nombre de Jesucristo, le conquistaron á despecho de la filosofía, á despecho de la política, á despecho del poder armado de los Césares. ¿Qué consecuencia debe inferirse de todo esto! Que Jesucristo es Dios.



No fué momentánea la lucha, ni débiles y pasajeros los combates. Por tres siglos estuvo levantada la cuchilla, encarnizada el poder, armada la persecucion mas desastrosa; y estos tres siglos de persecucion y de rabia, en que la crueldad, inspirada por todas las pasiones y por todos los odios, pareció haberse excedido á sí misma, no sirvieron de otra cosa, sino de hacer mas brillante la conquista, mas universal la victoria y mas glorioso el triunfo del Evangelio. *La sangre de los mártires*, segun la enérgica expresion de Tertuliano, *era una semilla de cristianos*; y este concepto que podría parecer una exageracion poética de la admiracion electrizada, no es otra cosa, que la expresion elocuente de la realidad mas incontestable.<sup>1</sup>

## CAPITULO XIV.

## CONTINUACION.

Hemos presentado una reseña histórica, y en extremo rápida, de los sucesos: solo nos resta el hacer á propósito algunas reflexiones, que podrán mirarse como otros tantos argumentos de la divinidad del cristianismo y de su Autor. Para convencernos de esto, basta formar un sencillo raciocinio. Lo que excede á la posibilidad humana en el orden del bien, es por su naturaleza divino: es así que el establecimiento y propagacion del cristianismo es una obra de esta clase; luego es una obra divina; y por consiguiente, así ella como su Autor que es Jesucristo, tienen este carácter esencialmente. Luego Jesucristo es Dios, y su religion es divina.

Veamos ahora comprobada la incompatibilidad que hai entre el establecimiento y propagacion del cristianismo con el uso exclusivo de los recursos humanos. En el desarrollo de esta prueba no harémos otra cosa, que extractar un discurso del célebre Bullet.

“Para formarnos una exacta idea de la trasformacion que produjo en el mundo el establecimiento del cristianismo, y penetrar el secreto resorte del cambio mas interesante y prodigioso que jamas hubo, es indispensable, dice el autor citado, trasladarnos hasta el momento de la publicacion del Evangelio, y considerar allí la empresa que se concibe, la

<sup>1</sup> Esta narracion compendiosa del establecimiento del cristianismo, está extractada, en su mayor parte, de la obra ya citada de Pointer.

extension que se la da, el tiempo en que se acomete, los autores que para ella se eligen, la conducta que se observa, los obstáculos que es necesario vencer y el éxito que se espera.”

## §. I.

*Empresa.*

“Se trata de destruir la idolatría, de aniquilar el judaismo y de establecer el cristianismo sobre sus ruinas.”

“En los tiempos en que aparecieron los apóstoles, toda la tierra, á excepcion de la Judea, estaba sumergida en la idolatría. Esta religion, meramente humana, entra en los gustos del hombre, favorece sus inclinaciones, lisonjea sus afectos. . . . . Todo en ella halagaba los sentidos y contentaba la imaginacion. Su sistema era tan risueño, que aun hoy produce el encanto de nuestra poesia y de nuestros espectáculos. Su culto no reunia ménos atractivos que sus dogmas: los sacerdotes, magníficamente vestidos, inmolaban las víctimas adornadas con pompa. Los jóvenes de ambos sexos, ataviados con blancos vestidos talares, y coronados de flores, servian de ministros. El pueblo colocaba en el templo cuanto poseía de mas rico: los magistrados, revestidos con las insignias de sus dignidades, aumentaban con su presencia el esplendor de la ceremonia. El aire estaba lleno de los mas dulces perfumes; y las mas bellas voces y los instrumentos mas gratos formaban seductores conciertos. Al sacrificio seguian los festines, las danzas, los juegos, las iluminaciones y los espectáculos.”

“La moral del paganismo, lejos de combatir las pasiones, las halagaba sin medida, en términos que cada una de ellas parecia tener su primer tipo y su mas grande protector en las mansiones celestiales. La lascivia adoraba á Vénus, la embriaguez á Baco, el robo á Mercurio; y de este modo no carecia el crimen de una mano protectora que le facilitara el paso de la laguna estigia, y le preparase una mansion en los campos Eliseos.”

Cuanto puede autorizar un culto apoyaba tambien una religion tan cómoda: se habian alimentado con ella todos los pueblos, y encantados con sus atractivos, la consideraban como la mas preciosa herencia de sus padres. Esta religion era tan antigua, que no pudiéndose alcanzar su origen, pasaba por contemporánea del universo. Todos los siglos, todas las naciones la daban testimonio. Aquellos sabios legisladores, cuyas leyes encontramos aún en nuestros có-